

y derribó al Gobierno que se lo había ofrecido. A medida que aumentaba la vehemencia de la oposicion, extremaba Strauss sus afirmaciones. En la primera edicion de la *Vida de Jesús* nada dice claro sobre sus ideas acerca de la legitimidad del cuarto Evangelio; en la segunda duda de esta legitimidad; y en la tercera refútala resueltamente. Al principio mostró alguna serenidad y posesion de sí mismo; luego se dió á todas las iras de aquellos tiempos de la Reforma en que Enrique VIII llamaba con su latin especialísimo en ruidosa controversia *cacatus* á Lutero.

La verdad es que Alemania desmintió con este motivo y este libro su respeto proverbial á la libertad del pensamiento. En el combate dejó Strauss por completo su fé religiosa y renunció para siempre á su Cristianismo histórico. La dogmática es la obra que con más claridad señala esta trasformacion profunda. En ella estudia cómo las creencias y los dogmas fundamentales han nacido en la Biblia y en el Evangelio, cómo se han desarrollado en los padres de la Iglesia, cómo se han transformado en la filosofía moderna, cómo se han convertido en ideas racionalistas y en leyes universales, deduciendo de todo que una sola personalidad, por superior que aparezca, no reunirá jamás los atributos prestados por la Iglesia á Cristo; y que solamente la especie humana en su totalidad puede reunirlos y concentrarlos: que el individuo peca y la humanidad es inmaculada; el individuo yerra y la humanidad es infalible; el individuo decrece, decae y la humanidad es progresiva; el individuo muere y la humanidad es inmortal; el individuo sucumbe muchas veces en su lucha con el error y la humanidad obra el milagro de someter las fuerzas contrarias en la sucesion de la historia; el individuo es limitado y la humanidad es la hija del Padre invisible, de Dios, y de la madre visible, de la naturaleza; es la reunion, como el Verbo, de lo finito con lo infinito, de lo contingente con lo

eterno; y baja á los abismos, y resucita, y se trasfigura, y asciende á los cielos, como el Cristo de la tradicion, porque, cuerpo y espíritu, organismo é idea, se eleva sobre las naciones, sobre las razas, sobre los continentes y los mares, sobre la tierra, sobre los planetas mismos á identificarse con el Eterno por medio de sus luminosas y absolutas ideas.

Para continuar la exposicion de sus doctrinas trascendentales y venir á la exposicion de sus doctrinas políticas, no podemos olvidar su libro de la *Nueva Fé*, por las ruidosas polémicas que ha suscitado y la trasformacion de su inteligencia que há claramente manifestado. Habia roto Strauss el matrimonio entre el dogma y la ciencia de que fueran como padrinos Hegel y Schleiermacher. El primero, declarando que el contenido de la revelacion y de la ciencia es el mismo, habia aproximado la razon á la revelacion; el segundo, prescindiendo de las tradiciones, del milagro, de todo aquello que no fuera la mision de Cristo, habia aproximado la revelacion á la razon; de suerte que las dos enemigas se habian reconciliado y confundido en el seno de algo superior á la Iglesia histórica, en el seno de la conciencia humana, que parecia florecer con nuevo florecimiento y dar el fruto sazonado de una segura paz á las almas.

La publicacion de la *Vida de Jesús* rompió el encanto y trajo el nuevo divorcio. Filósofos y teólogos á una se revolieron contra él, acusándole de destruir sin reedificar. Al fin de sus dias, en las horas supremas de la vejez, poco antes de su muerte, ciego ó muy cerca de la ceguera ya, escribió su último libro, su testamento científico, la *Nueva Fé*. En este libro se rebela contra toda tendencia á reconciliar la religion y la filosofía. No quiere más eclecticismos. No sostiene más la discordia de la tradicion y de la ciencia. Se dirige á sí mismo estas preguntas: ¿Somos todavía cristianos? ¿Tenemos todavía una religion?

¿Cómo concebimos el mundo? ¿Cómo concebimos la vida? En la respuesta á estas preguntas compendia todo cuanto cree de la ciencia y expone sus definitivos principios, los cuales luchan radicalmente con la tendencia idealista que á pesar de todo tenia su doctrina, cayendo en el puro materialismo, en sus últimas y extremas consecuencias.

Adios, religion de los primeros años; protestantismo maternal, que creia tan puro y tan inocente, y tan divino como las ideas evangélicas. Adios, misticismo de Boehm, que hasta en las leyes de la naturaleza descubria misteriosas combinaciones teológicas. Adios, panteísmo idealista de Schelling, que sumergia y abismaba todos los séres en Dios, como las esponjas en el mar. Adios, filosofía hegeliana y su eterna idea, produciendo en el movimiento infinito de su curso, á través de los espacios, espíritus y soles. Adios, últimos esfuerzos para conciliar al Cristianismo con la ciencia, la revelacion con la razon, la idea divina con las ideas humanas. Adios, cielos en que se bañaba y tierra en que se nutria la esplendente alma del filósofo. Desde la grande dialéctica, que construye por la idea Naturaleza, Estado, Arte, Religion, Filosofía, ha caido Strauss en el darwinismo contemporáneo; en la lenta formacion, por causas pequeñas, del planeta; en las evoluciones sucesivas de la materia que vá desarrollándose por medio de progresivos organismos; en la teoría de que los cristales se unen á las plantas y las plantas á los séres animados, y los séres animados entre sí, de familia en familia, de especie en especie, por medio de familias ó especies intermedias, naciendo unas de otras, á virtud de la seleccion natural ó sexual, que dá el premio de la perpetuidad, ó bien á las más fuertes, ó bien á las más hermosas, ó bien á las más ágiles; resumiéndose todos sus principios en las leyes de la concurrencia universal, de la guerra por la vida, que convierte el planeta en cruento campo de batalla, donde luchan unos con otros, sin trégua, sin tér-

mino, los séres, las familias, las especies, las razas, para subir, amontonando los despojos y los cadáveres de sus rivales, de sus enemigos, vencidos y muertos, despues de la sangrienta victoria, una grada más en la progresiva escala del organismo.

Esta filosofía materialista, de la cual Dios, y el alma, y la idea, están por siempre ausentes; esta teoría nació en el pasado siglo, teniendo, como todas las teorías modernas, muchos y muy antiguos precedentes en la ciencia de los griegos. Lamark, francés, fué el primero en apuntar que las especies se desarrollan por progresivas evoluciones. La inmensa autoridad de Cuvier soterró la doctrina, á pesar de haber renacido en Saint Hilaire, hasta que vino á resucitarla Darwin, despues de veinte años de observaciones y de estudios, en su maravilloso libro del *Origen de las Especies*.

En Alemania tenia precedentes la doctrina y tiene hoy continuadores que la extienden y la extreman. Treviranus ponía por raiz los zoófitos al árbol del organismo, cuyo fruto más perfecto es el cerebro humano. Oken dá el mismo origen á todos los séres y los vé crecer, trasformándose unos en otros y saliendo todos á la vida superior en continúa ascension. Goethe, cuyos estudios sobre los séres orgánicos aventajan muchos en mérito y profundidad á sus estudios sobre la luz, proclama en sus *Metamorfosis* la existencia de un órgano típico, la hoja, del cual todas las plantas son como variantes é irradiaciones; y considera á su vez la vértebra en el organismo zoológico, de la misma suerte que la hoja en el organismo vegetal, como otro órgano típico, llegando á tener el cerebro humano por un compuesto de vértebras semejantes á las que forman la médula espinal en los vertebrados. El cráneo es una cápsula huesosa, trasformacion agrandada de los animales que encierran y contienen nuestra médula, y lo mismo el cráneo de todos los mamíferos. Así es que despues de haber reco-



nocido en el hombre el hueso intermaxilar para demostrar su parentesco con los seres inferiores, proclama que todos los organismos provienen de una raíz común, que hay relación estrechísima entre el organismo vegetal y el organismo animal, que unas especies se derivan de otras como se deriva la mariposa de la oruga, que por una fuerza centrípeta los organismos se unen fuertemente á la ley fundamental de su especie, y por otra fuerza centrífuga se dispersan, se diversifican y varían en especies innumerables que llenan con el rico tejido de sus formas lo eterno y lo infinito.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de referir todos los autores que en Alemania han sostenido, antes ó despues de Darwin, el principio de la trasformación de las especies. El que hoy con más empeño y más éxito divulga la doctrina, bajo la alta tutela y la decidida protección del maestro, del jefe, de Darwin, es Haeckel, todavía más generalizador, más atrevido, más entusiasta, llevándola desde el reino vegetal y animal hasta el reino de la historia, y extendiéndola así al desarrollo de los mundos en el espacio, como al desarrollo de la humanidad en el tiempo.

Si la tierra se mueve entre dos polos, el ártico y el antártico; y el Universo se equilibra por dos fuerzas, la centrífuga y la centrípeta, las especies se determinan por dos leyes, la ley conservadora de la herencia, la ley progresiva de la variedad ó de la diversidad. La variedad en las especies proviene de la nutrición; la herencia proviene de la generación; de suerte que hay en los organismos, como hay en las sociedades, una fuerza que impele hácia adelante y otra fuerza que dá la estabilidad y la permanencia.

El hombre observa las plantas en su jardín ó su estufa; observa los pichones en su corral ó en su palomar; observa los caballos en sus cuadras y los bueyes en su establo; y por cultivo esmerado y trabajo continuo los educa y los perfecciona. Pues así como hay

esta selección artificial en las plantas y en los animales de inmediata utilidad para el hombre, así hay una selección natural en el Universo, que se determina por la ley de la concurrencia vital, por la batalla á muerte que tienen todos los seres empeñada, desde el zoófito hasta el hombre, á fin de conservar y adelantar su vida.

La ley que Malthus dió á la producción y á la población, es la ley que Darwin ha encontrado en toda la naturaleza, doquier se dilatan el calor de la vida y las combinaciones del organismo. También para las especies hay muchos llamados y pocos escogidos en el gran banquete de la vida. Multitud de huevos desaparecen antes de llegar á producir un ser; multitud de individuos mueren apenas nacidos; otros encuentran á sus primeros pasos formidable enemigo que los soterra y los aniquila; unos sirven al alimento de otros, y todos están rodeados de peligros y de asechanzas. Pero si en estas especies los individuos superiores de diversos sexos se buscan, se encuentran, se aman, se entregan uno á otro, engendrarán individuos superiores que pueden llegar, por una progresión ascendente, á fundar con el tiempo una especie superior también, mediante la ley de variedad, de metamorfosis, que impera en toda la creación.

Allá por las escalas inferiores de la vida, los moneros, seres orgánicos que apenas tienen órganos, próximos al mineral y al vegetal, en el confin de los otros mundos ó reinos de la naturaleza, se reproducen por la segmentación, separándose, dividiéndose en seres iguales, idénticos, á la manera de las hojas, que se abren y separan en el capullo. Y desde la segmentación hasta la generación sexual á que obedecen los animales superiores y varias plantas, pasan las funciones generadoras por series de lo imperfecto á lo más perfecto, como pasan los organismos. El germen de las diversas especies análogas es muy parecido, y de aquí parten los metamorfosistas para probar el parentesco entre

todas ellas, y de este germen casi imperceptible brotan los organismos y sus atributos, mantenidos, perpetuados por el gran principio conservador que domina en la naturaleza, por el principio de la herencia, llamado muy especialmente para la especie humana atavismo.

Pero si hay en la naturaleza el principio conservador de la herencia, hay también el principio progresivo de la diversidad y de la variedad. La herencia proviene de la generación y la variedad de la nutrición. No entendais por nutrición el alimento; nutrese el animal del sol que le vivifica y calienta, del aire que respira, de la electricidad que atraviesa sus nervios, del agua que bebe, de las plantas en cuya vecindad vive, del magnetismo, del rayo de los astros, de las sustancias que se apropia por la absorción, de la tierra en que habita, de los átomos que en su descomposición y recomposición eternas, incasantes, continuas, le presta la química de la vida. Y hay en las especies una facultad que los metamorfosistas llaman de adaptación, y que consiste, como su nombre indica, en sujetarse al medio ambiente, al suelo, al aire, á la luz, al alimento, y por esta virtud llegar á la transformación que el medio ambiente exige. Y hay también lo que llaman la adaptación virtual, la cual consiste en que ciertos cambios de organismo, determinados por el medio ambiente, no se manifiestan inmediatamente en el organismo sometido á su influencia, sino en los organismos que engendra.

La lucha por la vida dá la victoria entre las especies, entre los individuos, siempre á los superiores, siempre á aquellos dotados de cualidades que á sus rivales faltan. Cada ser lucha, no sólo con los seres de su especie, sino también con las demás especies, con todo el Universo, en lucha abierta y tenaz. La naturaleza ya los crea con medios ofensivos y defensivos, los arma para el combate. Este tiene un cuerno que es verdadera lanza; aquel unos colmillos que hienden y cercenan como afi-

ladas espadas; el de más acá enturbia el agua con tinta para burlar á su perseguidor; el de más allá se envuelve en su propio cuerpo y forma una bola de espinas; las guedejas le sirven al león para preservar su cuello de los dientes y de las garras de otros semejantes suyos que van en la hora del cielo á disputarle su hermosa compañera; y unas veces los más fuertes, y otras los más hermosos; ya los de uñas más afiladas; ya los de plumaje más vistoso; ya los de más atronadores bramidos; ya los de voz más melodiosa, ó vencen ó seducen, y fundan por la magia creadora del amor nuevas y progresivas especies, que tienen gigantesco pedestal de frios huesos mondados por la muerte.

El mundo no se ha formado por esas revoluciones violentas que deben considerarse como mitológicas, y que ha pregonado Cuvier. El milagro de la creación se reproduce todos los días á nuestra vista. La ola del Mediterráneo forma aún el fósil, como la erupción del Vesubio produce aún los terrenos que parecen tan apartados de nosotros. Las cordilleras no se han formado por esa especie de grandes surtidores de materias incandescentes alzadas cuando la corteza terrestre no estaba aún muy solidificada y espesa. El tiempo incalculable, millones y millones de años bastan para explicar la elevación de las grandes cordilleras. Sobre esta escena de la vida, causas químicas, físicas, biológicas, todas naturales, producen los organismos. Los cristales son en el reino mineral los profetas del mundo orgánico. En la composición de este mundo no entra materia que no se encuentre en los otros mundos inferiores. Realmente no hay materia orgánica; es una misma la que permanece en el estado inferior y la que se eleva á estados superiores. Todo se enlaza en la creación. Entre los seres que parecen más varios hay puntos intermedios, anillos que los unen. El ave que se pierde en el azul del cielo, llenándolo de gorgoros y de trinos, se enlaza con el reptil deforme que



se arrastra por la tierra, por medio del animal fósil encontrado últimamente en las excavaciones del Jura, y que tiene bajo sus alas cola de lagarto. Así, los moneros, que parecen inorgánicos, vienen á ser á su vez el término natural que une, que enlaza el mundo inorgánico y el mundo orgánico. Los laberintos, que se encuentran en el mar, del color de la yema de huevo, vegetales por la forma, animales por el movimiento, vienen á ser como líneas misteriosas que unen los confines de dos mundos. Las algas, los hongos, los líquenes representan á su vez séres intermediarios del reino vegetal y el reino animal. Absorben el hongo y la seta oxígeno, y exhalan ácido carbónico, al revés de las plantas, como anunciando el límite de otro nuevo mundo orgánico.

Y la progresion, la série ascendente continúa en los animales que á su vez enlázanse por medio de misteriosos anillos. El zoófito pertenece casi al mundo vegetal. Su forma, su color, su digestion y su respiracion reunidas en el mismo órgano, su crecimiento en el agua, sus sobreposiciones casi minerales, como claramente pueden verse allá en los bosques del coral, les dan aspecto de planta, y les colocan en los límites donde la vida vegetativa y la vida animal se acercan, se tocan, se confunden. Pero el organismo asciende otro grado en la ascidia, cuyo desenvolvimiento ya ensaya el borrador casi de un vertebrado. Y tras la ascidia vienen los moluscos, de los cuales unos habitan el agua, otros la tierra, y todos con sus imperfectos gánglios parece que ponen las cuerdas misteriosas de los nervios en la sonora arpa de la vida. Y tras los moluscos los insectos, que en sus innumerables familias, en sus multiformes alas, en sus ricas vestiduras, en sus zumbidos misteriosos, señalan una exaltacion de la materia, una rica variedad en el árbol del organismo, una profecía del mundo de los vertebrados. Y la vértebra se extiende, se dilata en el pez. Y los batracianos vienen á ser el término medio entre

el pez y el reptil, habitantes á un tiempo del agua y de la tierra, con medios de respirar en las dos atmósferas, en la de hidrógeno y en la de oxígeno, para ser en su esfera como los hongos, como las esponjas, como los corales, puntos de la inmensa série de la vida, eslabones intermedios de la infinita cadena de los séres. Las últimas clases de vertebrados se unen por signos comunes, por tener todos cinco dedos, por ser, pues, pentadáctilos. Y el reptil se vá elevando poco á poco en la batalla de la vida hasta convertirse en ave. El arqueropterix fósil encontrado en el Jura, con su cola de lagarto, sobre la cual brotan plumas, representa el misterioso organismo donde los reptiles y las aves se encuentran. Y vienen luego los pájaros corredores, como el avestruz, que están más cerca de sus padres, los reptiles; y que no pueden separarse de la tierra; y tras los pájaros corredores, los pájaros voladores, la alondra, por ejemplo, del color de la tierra, de la afición al cielo, Sibila de la luz, sacerdotisa de la aurora, que en su diminuto cuerpo contiene toda una orquesta de músicos nervios, y en su alegría, en su efusion, en su amor, llena de odas, de arpegios, de sinfonías los aires. Y el ornithorinco es el término medio entre el ave y el mamífero. Y los mamíferos pasan por diversas séries, desde el marsupial hasta el simio ó mono, que viene á ser el padre, el generador del último y más perfecto entre todos los mamíferos, del hombre.

Hé aquí la nueva fé del teólogo cristiano, del filósofo idealista, del jóven místico; una filosofía que nada sabe del espíritu; una filosofía reducida á la química y á la historia natural; una filosofía que, á fuerza de estudios y de agudezas, ha encontrado si se quiere la analogía de unos séres con otros séres, el parentesco de unos organismos con otros organismos; pero que no ha podido explicar ni por la adaptacion, ni por el atavismo, ni por la herencia, ni por la concurrencia vital, ni por la série, ese mundo superior del espíritu hu-

mano, ese cielo de la idea, ese misterio de la palabra, esa armonía del arte, ese concepto del derecho, ese organismo del Estado, esa série de las ciencias, ese mundo interior que no cae bajo los sentidos, que no se puede analizar en las retortas, que no se desprende en ninguna combinacion química como los gases, y que se llama y se llamará siempre mundo del espíritu, en cuya cúspide está Dios.

A primera vista saltan los defectos del sistema. Creer que la alimentacion explica hasta la inteligencia, es desmentir enseñanzas eternas de la historia. Si el mejor alimentado fuera el más inteligente, ¿por qué no escribió Felipe III el *Quijote* y lo escribió Cervantes? Las especies intermedias no se han encontrado todavía. Aún los séres próximos al mundo inferior que mayores analogías tienen con las escalas más bajas del organismo pertenecen resueltamente á una especie. Y las especies intermedias no parecen. Los nuevos naturalistas salen de este apuro diciendo que las especies intermedias han debido desaparecer por su propia debilidad y por el período en que surgieron. El mono antropóide, que andan buscando por todas partes, en todos los rincones de la tierra, en las entrañas del planeta, entre los fósiles, aún no han podido mostrarlo. Para su fortuna y la nuestra, este respetable padre de la humana especie, este Japhet del humano organismo, que ha engendrado á Rafael de Urbino y á Newthon, se encuentra en el fondo del mar Indico, sumergido con la tierra que fué su cuna. Allí hay que pescarlo.

A estos naturalistas les molestan nuestras teorías trascendentales, nuestras hipótesis, y ellos presentan por todas partes animales hipotéticos, creaciones de su fantasia, hijos de su naturalismo. Los *protamniotas*, por ejemplo, no existen, no se les ha visto en ninguna parte, no tienen, segun confiesa el gran apóstol del darwinismo en Alemania, más que una existencia fantástica; pero se los crea para establecer mejor el parentesco de reptiles, aves

y mamíferos. De suerte que los metamorfosistas son como esos forjadores de genealogías heráldicas, que donde les falta un abuelo ó bisabuelo con que halagar la vanidad de los pretendientes á nobles, si no lo hallan, lo inventan. Todo cuanto han podido decir del mono antropóide es que el orangutan, el gorilla, el chimpazé se parecen al hombre, y pertenecen á esa casta. Todo su argumento para probar nuestra descendencia de los monos es que no son cuadrumanos, que tienen pié y aun talon, y que los hombres son casi cuadrumanos, que los niños agarran los objetos con el pié. Y si no han encontrado el mono antropóide, tampoco el hombre mono. ¿Dónde está? ¿Dónde habeis visto ese hombre que no habla? Mostrádnoslo. La existencia de hombres sin palabra la fingen, la suponen, no lo demuestran. Y son ellos los que rechazan el idealismo porque no cae bajo la jurisdiccion de los sentidos, porque no se demuestra segun el criterio de la experiencia. Y sus teorías, puramente experimentales, carecen de datos ciertos en sus experimentos.

Pero quizá haga fortuna y llegue hasta ser fomentada por los Estados europeos, cuando adviertan los príncipes, los monarcas, los poderosos de la tierra que les favorece, y que la doctrina del derecho divino puede fácilmente ser sustituida por la doctrina del atavismo. Las dinastías ya no son personificaciones de artificiales privilegios fundados por la fuerza de los poderosos y admitidos por la ignorancia de los débiles; las dinastías son obra de las evoluciones de la materia, castas nacidas de las entrañas mismas de la naturaleza, familias privilegiadas que han brotado de la seleccion natural, que se han perfeccionado por alimentos capaces de llevar enormes cantidades de fósforo á su cerebro, y que han ganado en la concurrencia vital, y han vencido en la batalla de la vida. Haeckel, en el octavo discurso sobre «La herencia y la reproduccion» de su obra titulada *Historia de la creacion de los séres orgánicos segun las le-*